



# CLEMENTE PALMA Y ALFREDO GONZÁLEZ PRADA:

*entre la herencia filial y la propia personalidad literaria*



Manuel Pantigoso

*Luego de situar la importancia literaria de estos dos escritores, las ventajas y la “tragedia” de ser hijos de dos figuras prominentes del Perú, el artículo se enfoca en la obra de Clemente Palma, especialmente, en los relatos de Cuentos Malévolos. Se incide en su rol como fundador de la literatura fantástica en nuestro país. Continúa con el aporte de Alfredo González Prada como animador de la revista Colónida y principal gestor del libro Las voces múltiples. Se rastrean aspectos de su atormentada biografía, hasta su muerte voluntaria.*

*Palabras clave: modernismo, relato, ficción, personalidad literaria.*

## Introducción

El presente ensayo está dedicada a Clemente Palma y Alfredo González Prada, dos escritores de obra muy valiosa, separados por edad y generación: mientras Clemente es contemporáneo con José Santos Chocano, Alfredo lo es con Abraham Valdelomar y José Carlos Mariátegui. Cuando sus progenitores, Ricardo Palma y Manuel González Prada se enfrascaron en una ardorosa pugna basada en diferentes estilos generacionales y de temperamento, ellos —Clemente y Alfredo— vivieron en carne propia esta inquina. La condición de ser hijos de dos figuras ilustres, apreciados como los más grandes escritores del siglo XIX, pudo significar, acaso, una ventaja: conocieron a través de sus padres a consagrados escritores y bebieron en su niñez del

caudal literario, artístico y social de la época. Como contraparte, esta ventaja también tuvo su tragedia pues la gloria de un gran escritor puede opacar las luces del hijo. También se da el caso —como ocurrió en sumo grado con Alfredo— que los hijos, luego de la muerte del padre, inician una labor tenaz de dedicación exclusiva para publicar la obra póstuma, lo que muchas veces lleva gran parte de la vida, desatendiendo el propio trabajo personal.

La producción literaria de estos dos escritores ha sido poco estudiada por diversos motivos. En Clemente Palma, por ejemplo, se recuerda casi inexorablemente al crítico acerbo, rabioso, que atacó muy acremente a Vallejo, al no poder entender en un inicio el significado renovador de su poesía. Pero poco se dice que fue el fundador del cuento moderno en el Perú y el iniciador de la literatura fantástica, una línea muy en boga entre los escritores del Perú actualmente.

En el caso de Alfredo González Prada, el ominoso silencio con que es tratado en los estudios literarios es aún más grave. Se olvidan que fue, junto con Abraham Valdelomar, el impulsor del Movimiento Colónida, grupo de avanzada que le dio una tónica diferente a la literatura modernista, y, además, el principal artífice de la publicación de *Las Voces Múltiples*, antología que recoge poemas de ocho integrantes de la plana mayor de Colónida. Nos referiremos, por todo ello, a la obra y vida paralelas de estos dos escritores.

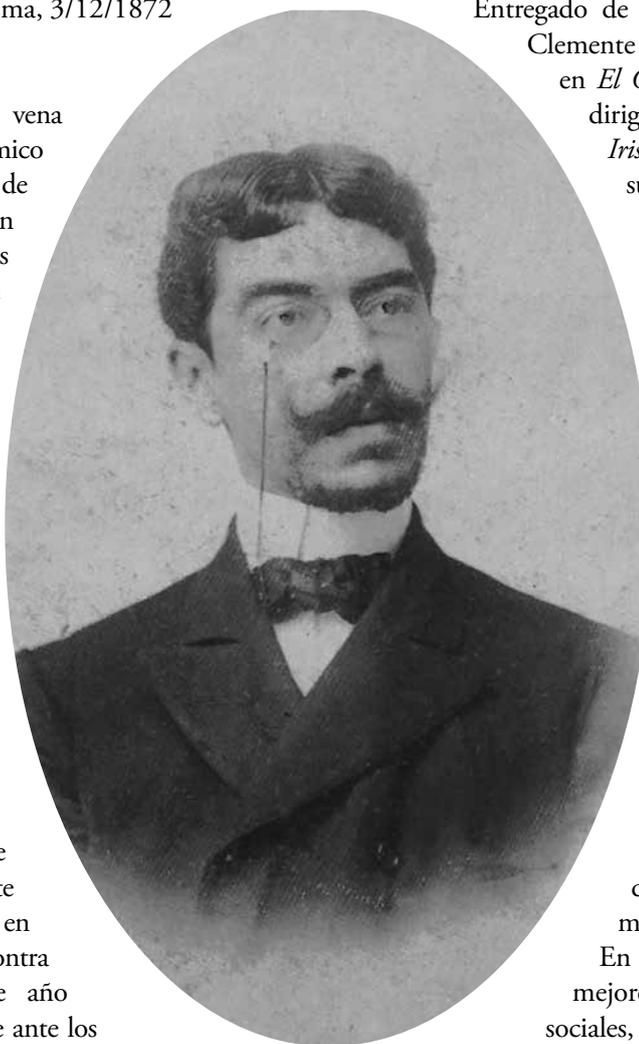


**CLEMENTE PALMA** (Lima, 3/12/1872  
– 13/8/1946)

Escritor de extraordinaria vena imaginativa, periodista polémico y combativo, adversario de Augusto B. Leguía en un primer momento y su más leal y valiente defensor en el ocaso del gobernante. Fue, además, diputado por Lima y Cónsul del Perú en Barcelona. Su inquietud artística y su curiosidad por los adelantos de la técnica le inspiraron: fue pintor de trazos finos y logrado colorido, amateur de química, de la fotografía, de la electricidad y de la radio. También fue aficionado a la música, destacando en el piano. Conservador de la Biblioteca Nacional por espacio de 15 años fue cesado intempestivamente el 13 de febrero de 1912 en represalia por sus artículos contra el gobierno leguista. Ese año salió en defensa de su padre ante los denuestos de Manuel González Prada en contra de su labor en la Biblioteca Nacional. Escribió entonces su virulenta respuesta con el título de “Un Catón de Alquiler”, con lo cual agregaría “más leña al fuego”. Dentro de los varios párrafos insuflados de vehemencia hay, sin duda, verdades como este fragmento:

Sí, mi padre ha amado a la Biblioteca como cosa suya, como un bien personal, como una hija, como no la querrá jamás el señor González Prada que, próximo ya a septuagenario, no puede abrigar calor en el alma para un nuevo amor. El alma de mi padre está allí, en esos salones, y aunque el señor González Prada borre sellos, aunque rechine los dientes de furor morboso y palidezca de impotencia, aunque realice todas las transformaciones que le sugiera la rabia, siempre será el señor González Prada un huésped en la Biblioteca, y el espíritu de mi padre irradiando desde su modesto retiro de Miraflores, se sentirá siempre en ese viejo solar de nuestra cultura.<sup>1</sup>

1 Luis Alberto Sánchez. *Manuel González Prada. Obras*, p. 418.



Entregado de lleno a la tarea periodística, Clemente Palma comenzó trabajando en *El Comercio*, en 1892, y después dirigió varias revistas como *El Iris* (1894), donde publicaría sus primeros cuentos, *Prisma* (1906-1908) y *Variedades* (1908-1931); también dirigiría el diario *La Crónica* (1929). *Variedades* fue una estupenda “Revista Semanal Ilustrada” en la que están los verdaderos cimientos de un periodismo testimonial, gráfico, vital, captador de todas las actividades -inclusive las deportivas- durante veinte años. Fue fundada el 29 de febrero de 1908 y se mantuvo hasta el 27 de agosto de 1930, para entrar luego en un dramático receso y volver a aparecer entre el 18 de marzo y el 30 de septiembre de 1931, completando en total mil doscientos treinta números. En sus páginas colaboraron los mejores exponentes de las actividades sociales, políticas y culturales; bastaría citar, en el campo literario, a Beingolea, Chocano, Eguren, Bustamante y Ballivián, Gálvez, Mariátegui, Angélica Palma, Vallejo.

### **Crítico acerbo y palos a Vallejo**

En *Variedades* Clemente Palma escribió la sección semanal “de jueves a jueves”, fuente certera para estudiar la historia peruana de esa época. También fungió como crítico literario, quizá llevado más por la pasión que por la razón. Ya hemos señalado al inicio su garrafal desacierto al comentar, en su sección “Correo franco”, el poema “El poeta a su amada”, aparecido luego en *Los Heraldos Negros*. Asombra, sin duda, la poca sensibilidad poética del comentarista. Leamos el texto completo:

Señor C.A.V.- Trujillo.- También usted es de los que vienen con la tonada de que aquí estimulamos a todos los que tocan de afición la gaita lírica, o sea a los jóvenes a quienes les da el naipe por escribir tonterías poéticas más o menos desafinadas o cursis. Y la tal tonada le da margen para no poner en duda que hemos de publicar su adefesio. Nos remite usted un soneto titulado



“El poeta a su amada”, que en verdad lo acredita a usted para el acordeón o la ocarina más que para la poesía. (Luego de copiar el primer cuarteto, comenta:) A qué diablos llama usted los maderos curvados de sus besos? Cómo hay que entender eso de la crucifixión? Qué tiene que hacer Jesús en esas burradas más o menos infectas?... Hasta el momento de largar al canasto su mamarracho, no tenemos de usted otra idea sino la de deshonra de la colectividad trujillana, y de que si se descubriera su nombre, el vecindario le echaría lazo y lo amarraría en calidad de durmiente en la línea del ferrocarril a Malabrigo” (*Varietades*, año XIII, núm. 499, Lima, 22 de septiembre 1917).<sup>2</sup>

Posteriormente, el mismo Vallejo en carta dirigida a sus amigos del Grupo Norte les mencionaría el viraje de esa opinión nada feliz de Clemente Palma:

Clemente Palma: mi gran amigo! Ustedes se reirán. Pero ya ven: Clemente Palma es uno de mis mayores admiradores. Así como suena ¡y de golpe! Ustedes se reirán. Y yo también me río con ustedes (...) Me dice que publique en el día mi libro (*Los Heraldos Negros*) que ya conoce. Versos para *Varietades*. (...) Casi se aloca con una composición que he escrito aquí y que se titula “Dios”. Es un buen hombre. El único defecto que tiene es un criterio estrictamente académico. Yo naturalmente me río de esto.<sup>3</sup>

### Cuentos Malévolos

En 1904 editó en Barcelona *Cuentos Malévolos* que reúne doce narraciones.<sup>4</sup> Con este libro se inscribe como el iniciador del relato moderno en el Perú. Aparece en el cuento ese acontecimiento sorpresa sobre el que gravita casi directamente la fuerza del escritor, sin entregarse a detalles, ni a la naturaleza, ni al ambiente. Por sus

«Tanto Clemente Palma como Alfredo González Prada tuvieron una poderosa presencia filial amalgamada con la propia personalidad literaria. Ellos vieron acrecentadas la gloria al ser hijos de dos ilustres escritores del Perú; sin embargo, a partir de esta condición supieron abrir sus propios caminos.»

páginas asoman la alucinación, el decadentismo, el romanticismo, la locura, el horror, la ciencia ficción. La edición original incluye el prólogo de Miguel de Unamuno, quien escribió “De tal palo tal astilla” haciendo referencia a la herencia literaria del joven Clemente respecto a su padre, el gran tradicionista Ricardo Palma. Varios de sus cuentos están dedicados a renombrados escritores como Juan Valera, José Santos Chocano, Miguel de Unamuno, Emilia Pardo Bazán, Benito Pérez Galdós.

Los relatos suponen una ruptura con la tradición literaria peruana, con ese acostumbrado costumbrismo, y tienen un dejo universalista en sus temas y ambientes. Introduce en el español el cuento al estilo de Edgar Allan Poe, Guy de Maupassant, Oscar Wilde.

En 1896 Rubén Darío había popularizado el término de *escritor raro* para distinguirlo de aquel otro escritor apegado al ambiente convencional y frívolo. Ya unos años

antes Verlaine impuso el término de escritor “maldito” al irreverente y antisocial. Por su parte Clemente Palma usaría el término “malévolo” como definición más afín al alma torturada de los tiempos nuevos que se preparaba para experimentar el infierno y la malevolencia de las dos guerras mundiales. El adjetivo *malévolos* admite otros sinónimos: perversos, grotescos, decadentes, irreverentes, crueles, inmisericordes, blasfemos, heréticos, alucinantes, neurasténicos, retorcidos, demenciales. Vamos a referirnos a algunos de los textos centrales del libro.

Para Augusto Tamayo Vargas, el gran historiador literario, “Los canastos” es uno de los cuentos más felizmente logrados de la literatura peruana. Es un breve relato con influencia rusa (ambientado en ese país) que se define psicológicamente en su primera frase: “Entre hacer un pequeño servicio que apenas labre huella en la memoria del beneficiado o un grave daño que le deje profundo recuerdo, elijo lo segundo”. En este texto un hombre condena a otro a la miseria sin sentir el mínimo remordimiento y sin hacer nada por evitarlo, aun habiendo podido ayudarlo. Leamos un fragmento:

2 César Vallejo. *Obras completas*, p. 100.

3 Juan Espejo Asturrizaga. *César Vallejo, itinerario del hombre*, p. 193.

4 El cuento “El príncipe alacrán” sería incorporado en edición posterior a la de 1904. Es una respuesta a la corriente modernista y tiene la fantasmagoría de Poe.

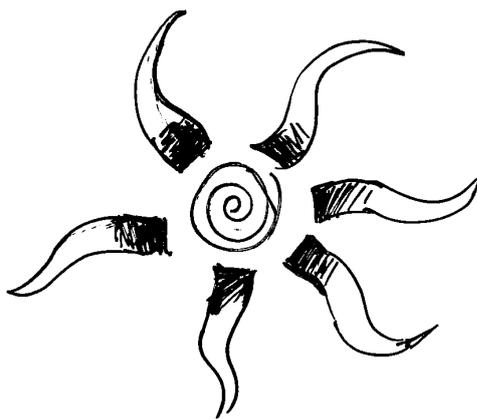


Y en efecto, creí que iba a arrojar al río de cabeza, pues asomó el cuerpo por el pretil. Abrí los ojos, desmesuradamente, para ver con toda mi alma el chapuzón. Quizás el caballo, por una de esas asombrosas fidelidades de que hablan las historias, se precipitaría también arrastrando consigo el carro. Y si no lo hacía, yo lo obligaría a ello. El puente estaba solitario y la ciudad distaba dos *verstas*. Pero no, lo que hizo Vassielich fue ponerse a gritar y a maldecir su suerte... Se desvaneció mi esperanza e irritado por la estupidez de ese carretero que por un cobarde amor a la vida no cumplía con su deber, le dije sonriéndome:

—Pude avisarte, padrecito, desde que vi caer el primer canasto. Mas, ¿para qué? Mañana habrías olvidado el favor que te hacía; en cambio, mañana, que te lleven a la cárcel, y que tu mujer y tus hijos lloren en la miseria, te acordarás de mí, cierto que para maldecirme, pero te acordarás de mí.<sup>5</sup>

En “Idealismos”, animan al autor el mismo escepticismo, el mismo “placer de destruir” que puede observarse en “Los Canastos”, y que es en el fondo una delicada ironía que escapa a ese tono agresivo y grave de los radicales realistas peruanos, dentro de la morbosidad y fantasmagoría a lo Poe que se ve en él. Contado en primera persona con el recurso literario del “diario”, es una muestra clarísima del decadentismo y el romanticismo que influyeron en el autor. No inspirado en lo físico sino en el ámbito mental, en el sentimiento y la voluntad, un hombre narra el sufrimiento al que es sometida a su amada Luty y el placer que obtiene esclavizando su voluntad e inspirándole el ideal romántico de la muerte por amor. El siguiente fragmento es significativo:

Estoy contentísimo: mi buena Luty se muere. Luty era hasta hace poco una muchacha rozagante, alegre y que ofrecía vivir mucho. ¡Quién la reconocería hoy en esta jovencita pálida, delgada y nerviosa! ¡Cuán hermosos eran sus grandes ojos azules y su amplia cabellera de color de champaña! (...) Y desde ese momento toda una labor sugestiva fue la de imponer



al alma de Luty la necesidad de morir, la necesidad dulce y tranquila de desaparecer del mundo, de este mundo ignominioso.<sup>6</sup>

“Los ojos de Lina” es uno de los relatos más celebrados del libro. Es un clásico que aparece en las antologías del cuento peruano. El protagonista narra en primera persona su fijación obsesiva con los ojos de su amada. Las descripciones tienen un trazo psicológico y transmiten vívidamente la obsesión malsana del narrador. Leamos:

Lina tenía los ojos más extrañamente endiablados del mundo. Ella tenía diez y seis años y yo estaba loco de amor por ella, pero profesaba a sus ojos el odio más rabioso que puede caber en corazón de hombre. Cuando Lina fijaba sus ojos en los míos me desesperaba, me sentía inquieto y con los nervios crispados; me parecía que alguien me vaciaba una caja de alfileres en el cerebro y que se esparcían a lo largo de mi espina dorsal; un frío doloroso galopaba por mis arterias, y la epidermis se me erizaba, como sucede a la generalidad de las personas al salir de un baño helado, y a muchas al tocar una fruta peluda, o al ver el filo de una navaja, o al rozar con las uñas el terciopelo, o al escuchar el frufú de la seda o al mirar una gran profundidad. Esa misma sensación experimentaba al mirar los ojos de Lina. He consultado a varios médicos de mi confianza sobre este fenómeno y ninguno me ha dado la explicación; se limitaban a sonreír y a decirme que no me preocupara del asunto, que yo era un histérico, y no sé qué otras majaderías. Y lo peor es que yo adoraba a Lina con exasperación, con locura, a pesar del efecto desastroso que me hacían sus ojos. Y no se limitaban estos efectos a la tensión álgida de mi sistema nervioso; había algo más maravilloso aún, y es que cuando Lina tenía alguna preocupación o pasaba por ciertos estados psíquicos y fisiológicos, veía yo pasar por sus pupilas, al mirarme, en la forma vaga de pequeñas sombras fugitivas coronadas por puntitos de luz, las ideas; sí, señores, las ideas. Esas entidades inmateriales e invisibles que tenemos todos o casi todos, pues hay muchos que no tienen ideas en la cabeza, pasaban por las pupilas de Lina con formas inexpresables. He dicho sombras porque

5 Clemente Palma. *Cuentos Malévolos*, p. 23.

6 Ob. cit., pp. 25 y 28.



es la palabra que más se acerca. Salían por detrás de la esclerótica, cruzaban la pupila y al llegar a la retina destellaban, y entonces sentía yo que en el fondo de mi cerebro respondía una dolorosa vibración de las células, surgiendo a su vez una idea dentro de mí”.<sup>7</sup>

Por su parte, “El quinto evangelio” es un cuento satanizante e irreverente. Mientras Jesús agoniza en la cruz, el Diablo lo visita para burlarse de él y atormentarlo explicándole lo inútil de su sacrificio. Se recrea en el sufrimiento físico de Jesús y no escatima en detalles escabrosos. Veamos:

En aquel momento oyó Jesús una carcajada espantosa que venía de detrás del madero. ¡Oh! Esa risa, que parecía el aullido de una hiena hambrienta, la había él oído durante cuarenta noches en el desierto. Ya sabía quién era el que se burlaba de su dolorosa agonía: Satán, Satán que infructuosamente le había tentado durante cuarenta días, estaba allí a sus espaldas, encaramado a la cruz; sentía que su aliento corrosivo le quemaba el hombro martirizando las desolladuras con la acción dolorosa de un ácido. Oyó su voz burlona que le decía al oído: ¡Pobre visionario! Has sacrificado tu vida a la realización de un ideal estúpido e irrealizable. ¡Salvar a la Humanidad! ¿Cómo has podido creer, infeliz joven, que la arrancarías de mis garras, si desde que surgió el primer hombre, la Humanidad está muy a gusto entre ellas?.<sup>8</sup>

“La Granja Blanca” es el cuento más extenso de la colección. Narrado en primera persona con una sensibilidad extraordinaria, es la historia de un

hombre enamorado desde niño de Cordelia, que le corresponde con la misma pasión e intensidad. Tras enfermar Cordelia de malaria le anuncian su muerte, pero se recupera y se retiran a la Granja Blanca, una hacienda del protagonista donde tienen una hija. El cuento se emparenta con esos pasajes cargados de sugerencias y misterios que hicieron grande a Poe y que Clemente Palma sabe emular en su relato. Leamos estos fragmentos:

“Desde que yo tenía ocho años me había acostumbrado a ver en mi prima Cordelia, la mujer que debía ser mi esposa. Sus padres y el mío habían

concertado este enlace, apoyados por el cariño que nos unía y que más tarde había de convertirse en un amor loco y vehemente.

(...)

El amor es vida. ¿Por qué, adorando ciegamente a Cordelia, percibía como un hálito impalpable de muerte? La sonrisa luminosa de Cordelia era vida; la íntima felicidad que nos enajenaba llenando de alegría y fe nuestras almas, era vida; y, sin embargo, sentía la impresión de que Cordelia estaba muerta, de que Cordelia era incorpórea”.<sup>9</sup>

En sus otros cuentos como “El último fauno”, “Cuentos de marionetas”, “Una historia vulgar”, “Parábola”, “La última

rubia”, “El hijo pródigo”, y la “Leyenda de Haschisch”, Clemente Palma usa elementos y técnicas modernas. El léxico es rico y muy cuidado. Los temas se nutren de onirismo, pánico, fantasía y ciencia ficción.

### Otros miradores

El 2006 la Pontificia Universidad Católica reeditó la obra narrativa de Clemente Palma, incluyendo la novela XYZ, que algunos críticos consideran un precedente de

«En 1904 Clemente Palma editó en Barcelona *Cuentos Malévolos*, que reúne doce narraciones. Con este libro se inscribe como el iniciador del relato moderno en el Perú. Aparece en el cuento ese acontecimiento sorpresa sobre el que gravita casi directamente la fuerza del escritor, sin entregarse a detalles, ni a la naturaleza, ni al ambiente. Por sus páginas asoman la alucinación, el decadentismo, el romanticismo, la locura, el horror, la ciencia ficción.»

7 Ob. cit., pp. 72-73.

8 Ob. cit., p. 94.

9 Ob. cit., pp. 125 y 127.



*La invención de Morel* (1940) del argentino Adolfo Bioy Casares. Publicada en 1935 esta novela lleva un título moderno que tiene por tema la vida de las estrellas de Hollywood pero desde una perspectiva encuadrada dentro de la literatura fantástica.

Clemente Palma fue un personaje polémico por sus dos tesis doctorales. En “El porvenir de las razas del Perú” sostenía que las razas india, negra y china eran débiles y estaban condenadas a desaparecer, mientras que la raza criolla estaba falta de carácter y energía. Preconizaba su cruce con otra raza enérgica: la germana. En “Filosofía y Arte” teorizaba sobre la evolución del satanismo y el ateísmo en el Arte. En su ensayo titulado “La virtud del egoísmo” se le ha atribuido inspiración nietzscheana.

En 2008 se editó la antología *17 fantásticos Cuentos peruanos*. Los compiladores Gabriel Rimachi Sailer y Carlos M. Sotomayor, dicen en la presentación:

Desde siempre el género fantástico ha despertado más de una pasión en los escritores, por lo subyugante de sus posibilidades y porque, en los más diestros, es un reto a la imaginación y a la articulación de argumentos que, línea tras línea, seducen, invaden, estremecen y desarmen al más prevenido de los lectores. La gran mayoría de críticos coincide en que el cuento empieza a ser cultivado en el Perú con el impulso modernista del siglo XIX e inicios del XX, y todos los que hemos leído a Clemente Palma lo tenemos como referente ineludible para este género y para el de horror (y ambos se funden y se confunden a su vez por la delgada línea que los separa.<sup>10</sup>



**ALFREDO GONZÁLEZ PRADA** (París, 16/10/1891 – Nueva York, 27/6/1943)

La Unión Nacional, movimiento político fundado por Manuel González Prada estaba en pleno auge. Intempestivamente su líder y realizador lo abandonó y viajó con su esposa Adriana Verneuil a París. Sería en 1891. Luego de dos alumbramientos en que fallecieron dos bebés apenas nacidos, la pareja se trasladó a la Ciudad Luz para recibir a un tercer vástago. Los primeros estudios escolares de Alfredo González Prada los hizo con su padre ya que el escritor, de acuerdo a su tendencia positivista y anarquista, pensaba que las escuelas solo adormecían las conciencias de los niños. Luego, cuando su familia regresó a Lima, su educación secundaria la hizo en el Instituto de Lima. En 1908 ingresó a la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos. Allí conocería a Abraham Valdelomar con quien le uniría una gran amistad. Con él y con doscientos estudiantes universitarios realizaron, en 1910, una excursión a Arequipa y al Cuzco. En la Ciudad Blanca conocerían a Percy Gibson,

Aguirre Morales, César Atahualpa Rodríguez, Renato Morales y Federico More. Se doctoró en Letras con una tesis sobre el poeta Clemente Althaus, y en Jurisprudencia con la tesis titulada “El Decreto y los animales” (1915). Al año siguiente participaría activamente en la revista “Colónida”. En el N° 1 del 15 de enero interviene con el estupendo poema “La hora de la sangre” y con un comentario crítico a “Las Tapadas”, de Juan Croniqueur (José Carlos Mariátegui) y Julio de la Paz. Sobre el futuro gran pensador, opinará: “El mérito literario. Indiscutible. Correctos versos de Juan Croniqueur, que fluyen galanos, fáciles, donairosos. El autor logra armonizar con felicidad su delicada manera modernista”.<sup>11</sup> En el N° 2 de febrero de 1916 tiene a su cargo la sección “La Quincena Teatral” donde se refiere a los cinematógrafos y a los programas del Teatro Municipal y del Teatro Colón. En el N° 4 del 1 de

<sup>10</sup> En el Prólogo a *17 fantásticos Cuentos peruanos. Antología del cuento fantástico*, p. 7

<sup>11</sup> Revista “Colónida” N° 1, Lima, 15 de enero de 1916.



mayo de 1916 participa con el poema “Espirales de amor y del olvido”.

### La vena poética

Alfredo González Prada fue un cronista exquisito y un poeta de calidad. Con el pseudónimo de “Ascanio” publicó en “La Prensa” de Lima (1914-1916) bellos comentarios, reportajes y poemas. En plena efervescencia de “Colónida” fue el promotor del libro

*Las Voces Múltiples* que reunió a ocho jóvenes escritores: Abraham Valdelomar, Hernán C. Bellido, Pablo Abril de Vivero, Alfredo González Prada, Federico More, Alberto Ulloa Sotomayor, Félix del Valle y Antonio Garland. Gracias al activismo de Alfredo se pudo realizar la publicación de esta colección que en su primera página advierte: “Este libro no responde a criterio de selección personal. Sus autores son ocho amigos a quienes ha reunido la simpatía literaria”.

Ellos se reunían en la oficina de “La Prensa”. Allí se gestó *Las Voces Múltiples*, como lo recuerda Federico More en el número 4 de “Colónida”: “Y como quien dispone un almuerzo de amigos, Alfredo dispuso que era preciso hacer el libro. Cada uno haría diez composiciones y él, Alfredo, buscaría editor que se hiciera del fardo lírico”.

Y más adelante Federico More agrega esta valoración:

¿La significación de *Las Voces Múltiples*? Puramente estética. Con respecto a la literatura nacional, representa el coeficiente de una generación (Abril, 1895; Valdelomar, 1888) en el punto medio de su desarrollo. Por supuesto, faltan algunos miembros de esa generación, pero son los menos. Fuera del libro, no quedan más de dos o tres nombres. Si llegan a tres ¿Por qué se les excluyó? Por razones de amistad personal y no de desdén literario.

No es inútil decir que el arbitrario florilegio será éxito legítimo, como que es superior a las últimas antologías -y antologías sistemadas- que conocemos de poetas chilenos y argentinos de última hora. Y como que entre *Las Voces Múltiples* las hay tan finas y originales como la de “Ascanio”, tan complejas y selectas como la del *Conde de Lemos*. Y tan llenas de azul y de juventud lírica como la de cualquiera de los demás.<sup>12</sup>



Hay que hacer una sola atinencia a Federico More: Alfredo González Prada firma con su nombre y ya no con su seudónimo “Ascanio”. Publica los siguientes poemas: “Trifémica” (compuesto de tres sonetos), “Beso rojo y beso blanco”, “Las montañas”, “El soneto de la deslealtad infraganti”, “Trova galante”, “Intermezzo erótico” (también compuesto de tres sonetos), “Canción del amor envejecido”, “El soneto de Coup

de Foudre”, “Madrigal en rojo mayor” y “La hora de la sangre”. De estas composiciones se destaca la última por la novedad del tema y la fuerza contenida en sus versos. El reconocido crítico González Vigil dice de este poema:

Texto pionero de la ruptura vanguardista: “La hora de la sangre”, un polirritmo (forma explorada por su padre y del gusto de Parra del Riego) sin pautas métricas regulares, por eso calificado de “bárbaro”, antesala del versolibrismo; además, en el contenido, aborda la primera guerra mundial oponiéndose al belicismo de los futuristas y a Nietzsche, e inserta modernos rasgos coloquiales y narrativos dentro del lenguaje poético.<sup>13</sup>

Aquí dos fragmentos de este extenso poema:

Es la hora apocalíptica...  
Ruedan unas tras otras las olas purpurinas  
como si un mar de sangre sepultara la Tierra...

¿Qué es este desenfreno de los hombres?  
¿Será la demencia múltiple del mundo?  
¿Será alguna sádica jugarreta fúnebre  
que distraiga los seniles bostezos de fastidio  
de un Dios loco y malo?  
¿Qué será la Guerra?  
¿Adónde nos arrastra la Guerra?

Metafísicas y Ciencias nada explican del gran crimen,  
nada conjeturan ni presumen.

En el desbordamiento de todas las pasiones  
y de todas las ansias,  
bancarrota científica,  
impotencias filosóficas,  
flotan como viejos trastos inservibles

<sup>12</sup> Ob. cit., pp. 37-38.

<sup>13</sup> En el “Prólogo” a *Poesía Peruana Vanguardista*, p. 11.



sobre el rojo unánime de la enorme charca  
de sangre.

¿Ruge la tormenta humana?  
¿Sopla el vendaval divino?  
La Naturaleza mira indiferente  
lo mismo la angustia dolorosa y trágica  
del herido mutilado  
en el campo de batalla,  
que el grito victorioso de un millón de combatientes.

(...)

¿Qué sabes tú de los odios de las razas?  
¿Qué sabes tú de los rencores seculares de los pueblos?  
Naciste en Arkángel;  
cargabas fardos en los muelles;  
ganabas un rublo cada siete días,  
y era tu alma un alma lírica y humilde...  
Vino una mañana quien te dijo: “Toma,  
Defiéndete”.  
y te dio una corta carabina negra.

En el cuartel la vida era triste y monótona  
(había dos retratos, del Zar y del Gran Duque,  
y la caricatura de un tal Hindenburg,  
llena de escupitajos).

Fuiste a la trinchera, y en los Masurianos  
una bala de máuser  
te trituró el índice de la mano izquierda.  
Koutoussoff, tu capitán, te dijo:

“Dimitrieff ¡qué importa un dedo!”  
Era hermosa la sangre en la nieve...  
Defendías Varsovia  
que Prinz Léopold de Baviera  
sitiaba;  
un shrapnell destrozó tus muslos;  
Koutoussoff, tu capitán, te dijo:  
“Dimitrieff ¡qué importa la vida!”

(“Polirritmo bárbaro”).

La técnica moderna del poema había suscitado encendidos elogios, y se colocó, en 1916, como uno de los grandes poemas de esencia moderna y claramente vanguardista. El mensaje del poema se contrapone al esbozado por Alberto Hidalgo quien también en ese año se inicia escribiendo *Arenga lírica al Emperador de Alemania*. Aquí hay versos de tono tremante y belicista, que arengan a la guerra: “Poesía es la roja sonrisa del cañón”, dirá Hidalgo. En *Panoplia lírica*, de 1917, el

arequipeño escribiría versos como estos: “La Guerra es como un brazo del progreso. La guerra / purifica las razas con su férreo poder” (de “Canto a la Guerra”).

Hay en *Las Voces Múltiples* otro texto de Alfredo González Prada que nos gustaría comentar. Se trata del poema “Canción del amor envejecido”. El tono, acentuadamente lírico, tiene cierta reminiscencia con el verso suave y sentimental de Alberto Ureta quien a la fecha de 1916 había publicado el libro *Rumor de almas* (1910):

Ya nuestro amor ha envejecido...  
Y esta tristeza del Invierno  
que nuestras almas inundara  
de una quietud de desaliento,  
amarga toda nuestra vida,  
mustia el verdor de nuestros sueños,  
hiela el calor de nuestras ansias.

Cuando me acerco a ti lo siento:  
ya nuestro amor ha envejecido...  
No son los mismos ojos negros  
los que sondean mi llegada  
ni son los mismos pasos trémulos  
los que acompañan mi partida...  
Todo pasó como en un sueño...  
Tu corazón ya no me anuncia  
ni el latido de otros tiempos  
ni el sobresalto de otros días...  
Cuando se juntan nuestros cuerpos  
en la mentira de un cariño,  
son otras manos las que estrecho,  
son otros ojos los que miro  
y es otra boca la que beso.

Está la historia melancólica  
de ese cariño que en ensueños  
y fantasías diluimos.  
Hoy que miramos ya deshecho  
todo un futuro de ilusiones,  
todo un presente de deseos  
todo un ayer de memoranzas,  
¡benditos sean esos sueños  
y esas quimeras que un instante,  
como un reposo en el sendero,  
ilusionaron nuestras vidas  
plenas de utópicos anhelos!

Y, así, en las horas angustiadas  
que me torturan sin sosiego,  
sufro el dolor de la agonía  
de mi pasión. Y, triste, pienso



que hubo un error en nuestra  
/vida...  
Tarde llegué... Y ese silencio  
grave y tenaz de los reproches  
mudo encierra el desconsuelo  
del Gran Camino equivocado...  
¡Perdona, Amada, nuestros  
/yerros!  
¡Perdón, si lloro lo perdido!.<sup>14</sup>

### Se cierne la tragedia

El poema trae camuflado una relación sentimental. Fue aquella la época de sus amores con Carmen Soria Menacho y del nacimiento de Felipe, en 1955. Estos amores se remontaban a 1913. Él tenía solo 21 años y ella apenas 15. Habían tenido primero una niña que falleció poco tiempo después. Escuchemos a la madre de Alfredo González Prada, Adriana Verneuil referirse a este hecho:

*Es mujercita, nos anunció un día Alfredo que vino muy feliz a la casa. Pocas semanas después nos trajo a la pequeña. Manuel la paseó en brazos y le canturreó para que durmiera en una cuna improvisada que le hicimos juntando dos sillones de la sala. Pero el destino es cruel. Pocos meses después sentí que Alfredo entraba subrepticamente a la casa y se encerraba a llorar en su dormitorio. ¿Qué te pasa, hijo? ¿Has terminado con la chica? ¿Alguien te ha roto el corazón? No, madre. Mi niña, mi hijita, murió anoche de neumonía. Estoy desesperado, no sé qué hacer. Nunca he sentido tanto dolor. Y además, los padres de Carmen no me dejan acudir a su entierro. Le pasé la mano por la cabeza y lloré con él. No podía hacer otra cosa.*

Al año siguiente se presentó la misma chica con otro hermoso bebito en brazos. *Tome, señora, es suyo, me dijo sin más. Mis padres no quieren recibirme con él, y la próxima semana me obligarán a casarme con alguien a quien no quiero. Dicen que Alfredo no me conviene porque su padre es un revoltoso, un mal elemento.* Con ayuda de una niñera, lo cuidé y lo amé como solamente lo había hecho con Alfredo. Ese contacto cercano con un niño

«Alfredo González Prada fue un cronista exquisito y un poeta de calidad. Con el pseudónimo de ‘Ascanio’ publicó en *La Prensa de Lima* (1914-1916) bellos comentarios, reportajes y poemas. En plena efervescencia de *Colónida* fue el promotor del libro *Las Voces Múltiples* que reunió a ocho jóvenes escritores.»

me devolvió a la juventud y me convirtió de nuevo en madre. *No es bueno que se llame como tú, Alfredo*, le dije un mediodía. Un niño no debe llevar el nombre de otra persona. Cada ser es único e irrepetible. *Sería bueno que se llame Felipe*, intervino el abuelo, *que significa amor a los caballos en griego. Totalmente de acuerdo*, dijo Alfredo que acababa de sustentar su tesis sobre el derecho y los animales. *Salud*, dijimos al unísono los tres levantando nuestras copas, *salud por Felipe*, mientras el bebé interrumpía el brindis con un llanto de hambre. Corrí a darle su biberón.<sup>15</sup>

Luego de *Colónida* y *Las Voces Múltiples* empezaría la diáspora de los escritores: Federico

More emigró a Bolivia en 1919, Gibson regresó a Arequipa en 1918. Valdelomar murió en Ayacucho el 3 de noviembre de 1919, Alfredo González Prada se había marchado a Buenos Aires iniciando su vida diplomática en 1916. Para la galería dejó muchos poemas, ya sea en el libro aludido o en revistas, y artículos que denotaban a un escritor cosmopolita bastante informado y que había leído libros a granel. Entre estas perlas también dejó un cuento algo apicarado, con un tufillo que recuerda a las *Tradiciones en salsa verde*, de Ricardo Palma, ilustre adversario de su padre. Se titula “El delito de Juan Pro”, donde el autor juega con el doble sentido de su nombre. Terminaría así una primera etapa, una época dorada, fecunda creativamente, y se iniciaría otra más íntima, más personal y silenciosa que sobrevendría con la muerte de su padre, el ídolo de generaciones, Manuel González Prada, como bien señala el principal biógrafo de los Prada, Luis Alberto Sánchez: “Puede afirmarse que todos los actos de Adriana y de Alfredo, a partir del fallecimiento de don Manuel, tuvieron por único objetivo engrandecer la figura y mantener y difundir las ideas del ilustre muerto. Conmueve tal dedicación”.<sup>16</sup> Alfredo se había casado en 1922, con Anna Elizabeth Howe, de la alta sociedad de la capital norteamericana.

<sup>14</sup> “Canción del amor envejecido”, de Alfredo González Prada, en la antología *Las voces múltiples*, pp. 107-108

<sup>15</sup> Internet: “Los abismos de Alfredo González Prada”. Lee Por Gusto. Junio 29, 2013. 3.03 p.m.

<sup>16</sup> En *Nuestras vidas son ríos... Historia y leyenda de los González Prada*, p. 359.



En efecto, Alfredo sacrificó su propia expresión al consagrarse en cuerpo y alma al ordenamiento de la obra que su padre dejó dispersa; y descifrando, apretando manuscritos o siguiendo las huellas de perdidas publicaciones, alcanzó a editar once volúmenes de Manuel González Prada, labor continuada por Luis Alberto Sánchez. En 1933 moriría su hijo Felipe de un mal desconocido, a los 18 años. Sobrevendría el ocaso que se cerraría en 1943, año de su muerte. En la madrugada del 27 de junio Alfredo se había suicidado arrojándose desde el piso 22 de un lujoso edificio de Nueva York. Al saber que tenía un mal incurable había planeado su muerte desde varios meses atrás; incluso, la madre, Adriana, al saber la decisión de su hijo también quiso acompañarlo al viaje final. Escuchemos el relato que hace Luis Alberto Sánchez de estos hechos dolorosos:

Un día, Alfredo se presentó en la oficina de Rembao, hombre de incomparable bondad. La oficina estaba en el número 20, piso 11 de la Quinta Avenida. Alfredo contó que había visitado a su médico y que este le había diagnosticado un tumor en el cerebro. Lo peor era que, según el propio Alfredo, solo había dos soluciones: o moría o se volvería loco. Ya se lo había dicho a su madre, mirando por la ventana hacia New Jersey desde el piso 12 de la calle 173: “No, yo no aceptaré verme entre esos dementes” (y señalaba el manicomio del vecino estado). En vano le quiso calmar doña Adriana. Alfredo la instó: “Lo único que me detiene es el dejarte sola, pero si tú te mataras conmigo, entonces todo se arreglaría”. Adriana acabó aceptando el doble suicidio. Planearon enloquecidamente la forma de realizarlo. Doña Adriana estaba resuelta a morir con su hijo. (...) Alfredo, de pronto, cambió de idea: “Yo me mato, pero tú no, mamá, porque sino, ¿quién cuidará de los libros de papá? (...) A las 3 de la mañana, Elizabeth que dormía en otra cama cerca del balcón, sintió vagamente que Alfredo la besaba fuertemente. Ella volvió a dormir. La despertó un desesperado toque a la puerta: era el policía del edificio y el de la esquina: Alfredo se había arrojado desde el piso 22, vestido de pijama y bata. Su cuerpo rebotó en la marquesina del 2° piso y de ahí al suelo.

Elizabeth bajó de prisa. Solo reconoció a Alfredo por la bata y el pijama. Recordó que al besarla, Alfredo había dicho: “Adiós amor”. ¿Una ilusión? ¿Cómo imaginar que era el beso de despedida de un ser hasta allí aparentemente normal?

Doña Adriana fue notificada de inmediato. Acudió desolada. Solo entonces supo Elizabeth que la idea del suicidio había venido madurando desde tiempo atrás entre madre e hijo y que hasta llegaron a un pacto para un suicidio simultáneo. La demencia parecía haberse apoderado de aquellos dos seres en la última curva de sus vidas.<sup>17</sup>

### Palabras finales

Clemente Palma a pesar de ser un escritor polémico trajo a la narrativa peruana un estilo y un lenguaje muy ricos y expresivos, llenos de una imaginación desbordante. Con él arranca el relato moderno y la literatura fantástica en el Perú. Por su parte, Alfredo González Prada fue, a partir de “Colónida”, un impulsor de la renovación de nuestras letras debido al profundo conocimiento de la literatura europea. Ambos escritores, tanto Clemente como Alfredo, tuvieron una poderosa presencia filial amalgamada con la propia personalidad literaria. Ellos vieron acrecentadas la gloria al ser hijos de dos ilustres escritores del Perú; sin embargo, a partir de esta condición supieron abrir sus propios caminos.

### Bibliografía

- ANTOLOGÍA POÉTICA. *Las voces múltiples*. Lima, Casa Editora E. Rosay, 1916.
- ESPEJO ASTURRIZAGA, Juan. *César Vallejo itinerario del hombre*. Lima, Editorial Juan Mejía Baca, 1965.
- GONZÁLEZ VIGIL, Ricardo. *Poesía Peruana Vanguardista*. Lima, Fondo Editorial Cultura Peruana, 2004.
- PALMA, Clemente. *Cuentos Malévolos*. Lima, Ediciones Peisa, 1974.
- RIMACHI SALIER, Gabriel y *17 fantásticos cuentos peruanos. Antología del cuento* Sotomayor, Carlos M. *fantástico*. Lima, Editorial Casatomada, 2008.
- SÁNCHEZ, Luis Alberto. *Manuel González Prada. Obras*. Tomo II, Lima, Ediciones COPÉ, 1986.
- Nuestras vidas son los ríos... Historia y leyenda de los González Prada*. Lima, Fundación del Banco de Comercio, 1986.
- VALDELOMAR, Abraham. *Colónida*. Lima, Ediciones COPÉ, 1981.
- Vallejo, César. *Obras completas*. Lima, Banco de Crédito del Perú, 1991.

<sup>17</sup> En *Nuestras vidas son los ríos... Historia y leyenda de los González Prada*, p. 350.